

La contestación de Felipe IV fué tan hábil como eficaz. En 17 de agosto de 1296 prohibió la exportación de caballos, armas, dinero y objetos preciosos de Francia. En esta disposición para nada se hacía mención del Papa, el cual no podía considerarse por ella atacado: la medida se explicaba sobradamente por el peligro de una nueva guerra con Inglaterra y con Flandes, y sin embargo afectaba al pontífice en un punto capital. En efecto, aun cuando algunos de sus partidarios, como la orden de los Templarios, eludieron la prohibición real, se cegó la fuente de los ricos recursos que la codiciosa curia solía sacar de Francia, notando entonces Bonifacio VIII la contradicción que existía entre sus teorías y el orden de cosas existente. Sin embargo de esto, su apasionada ambición no le dejó poner ni por un momento en duda sus pretendidos derechos; así es que en 25 de setiembre de 1296 dirigió á Felipe una carta monitoria concebida en los más duros términos (1), en la cual calificaba la prohibición de exportación de atentado contra la libertad de la Iglesia y llamaba al rey apóstata del glorioso ejemplo de sus antepasados, que siempre habían respetado y defendido aquella libertad. Añadía que esto era tanto más funesto, cuanto que Francia estaba por todos lados amenazada por sus enemigos: Inglaterra reclamaba la devolución de la Gasconia, Alemania la de Borgoña, y con España era inminente una nueva guerra. Decía también que el rey pagaría con creces su injusticia, y que la intención del Papa no había sido privar al rey de los recursos necesarios para su defensa, pues por el contrario le habría permitido, en caso de necesidad, aplicar á esta atención hasta las cruces y los cálices de los templos. Esta carta, que al propio tiempo anunciaba la llegada del obispo Guillermo de Viviers para negociar una avenencia, contenía una mezcla de tendencias conciliadoras en aquel caso especial y de nueva proclamación del punto de partida esencial antes adoptado.

Ignoramos qué negociaciones mediaron entre el referido obispo y el monarca: solo sabemos que no se llegó á un arreglo y que antes bien se demostró lo irreconciliable del antagonismo, á lo cual debió de contribuir la carta que Bonifacio dirigió al rey en 30 de setiembre de 1296. En ella, después de haber presentado á Francia como amenazada por hostiles vecinos y necesitada del apoyo de la Iglesia, no solo renovaba íntegramente en su bula *Ineffabilis amoris dulcedine* la bula *Clericis laicos* que él mismo, dando prueba de prudencia, había intentado suavizar, sino que sentaba el principio de que los reyes no tenían ninguna clase de poder sobre los sacerdotes, añadiendo que sostener lo contrario era imprudente y absurdo, y que si el rey no se sometía, se adoptarían contra él severas medidas. Además, declaraba el Papa enfáticamente, como si ya estuviera decidido á llevar las cosas al extremo, que por la Iglesia estaba dispuesto á sufrir, no solo persecuciones, sino hasta la muerte corporal (2).

Esta era la frase usual del pontificado; con ella había justificado Gregorio VII la ruina de la constitución del imperio alemán; con ella había excitado Alejandro III á los lombardos á que se rebelaran contra Federico I; con ella se habían dirigido Inocencio III contra el emperador güelfo Oton, é Inocencio IV contra el Staufen Federico II. En este estado de cosas, lo extraño fué que se entrara, como se entró en efecto, en negociaciones pacíficas. No sabemos, y únicamente nos es dado sospechar, quién contribuyó á ello. Parece que el rey Felipe no retrocedió un solo paso, pero que á causa de las complicaciones de Flandes y ante el peligro de una guerra con Inglaterra no consideró prudente por el momento con-

(1) Potthast: obra citada, núm. 24,398.

(2) Potthast: obra citada, núm. 24,404.

tinuar la lucha. Esta suspensión no resolvió, sin embargo, el conflicto, y la contienda estalló de nuevo al cabo de algunos meses, demostrándose entonces que aun aquellos mismos á quienes al parecer favorecía la bula *Clericis laicos* deseaban más que nada salir de la angustiosa situación en que les colocaba la lucha entre ambas potestades. En efecto, el clero francés pidió permiso al Papa para pagar al rey los diezmos acostumbrados, y á fines de febrero de 1297 declaró Bonifacio que nada tenía que oponer á ello, dirigiendo además, en julio del propio año, al episcopado francés un breve según el cual la bula *Clericis laicos* no regiría respecto de aquellos empréstitos, subsidios, etc., que el rey de Francia exigiera al clero de su país y cuyo pago fuera amistosamente pedido por el monarca ó acordado por disposición del Parlamento. En otros términos, Bonifacio VIII renunció al sistema que en Francia había querido iniciar con la bula *Clericis laicos* y reconoció como legítimo el antiguo estado de cosas que él mismo recientemente había estigmatizado como imprudente y absurdo. Felipe IV ya no tenía, pues, motivo alguno para quejarse del Papa: el incidente parecía terminado y asegurado el pacífico desenvolvimiento de las relaciones entre el Estado y la Iglesia.

Pero este giro pacífico no tuvo consistencia alguna, pues había sido resultado de los sucesos que entretanto habían ocurrido en Roma. Bonifacio VIII debía principalmente su exaltación á los esfuerzos unidos de los gibelinos Colonnas y á los de los Orsini, pero olvidando su pasado y siendo, como Papa, celoso güelfo, pagó á los Colonnas con la mayor ingratitud y acabó por romper abiertamente, por cuestiones puramente privadas, con el jefe de la familia, Sciarra Colonna. Este, después de haberse apoderado por un afortunado golpe de mano del tesoro pontificio, sostuvo una guerra formal contra los papistas, á consecuencia de la cual estalló muy pronto en Roma y en sus alrededores una sangrienta lucha. Esto hizo que Bonifacio VIII se guardara muy prudentemente de proporcionar á su adversario un poderoso aliado en Felipe IV y de aquí que cediera en sus contiendas con éste. Coincidiendo con estos desórdenes en Roma, Bonifacio VIII dictó la sentencia arbitral en la cuestión anglo-francesa en 27 de junio de 1298, procediendo no como Papa sino como mediador llamado por la confianza personal que inspiraba á las partes beligerantes — conforme había exigido Felipe, — y en esta sentencia prescindió del interés de Flandes y entregó este país á Felipe, decidiendo así el punto capital de la contienda en favor de Francia. Con esto, pudo Bonifacio concentrar todas sus fuerzas para la lucha, con gran apasionamiento entablada, contra los Colonnas: maldijo á éstos y á sus descendientes hasta la cuarta generación; puso en entredicho todos los lugares por ellos habitados y mandó predicar contra ellos la cruzada. Los Colonnas sucumbieron en 1299, después de haberles sido arrebatada y arrasada Palestrina, su principal punto de apoyo.

En seguida formuló Bonifacio VIII nuevas pretensiones. El rey alemán Alberto solicitó su favor, renunciando á la alianza con Francia, reconociendo al Papa como soberano y aparentando, en cumplimiento de la orden del pontífice, querer excluir de la sucesión en el territorio y en el imperio, como descendientes de la familia maldita, á los hijos que había tenido de su esposa pariente de los Staufen. En Dinamarca, acababa de terminar entonces con la derrota del rey Erico la lucha entre éste y el arzobispo Juan de Lund, protegido de la curia. A todo esto vino á añadirse, en el año 1300, la fiesta del jubileo ordenada por Bonifacio, cuya magnificencia superó á todas las esperanzas y que hizo aparecer á Roma como el espléndido centro del mundo y emporio de todos los tesoros de la cristiandad. Como si este triunfo le em-

briagara, pretendió entonces el Papa, además de la potestad espiritual, la suprema autoridad temporal: sus ornamentos ostentaban los atributos del pontificado unidos con los del Imperio, y los heraldos anunciaron *urbi et orbi* el dogma de la reunión de ambas espadas en las manos del sucesor de Pedro, como representante de Jesucristo. ¿No se ponía con esto el pontificado al mismo nivel del endiosamiento á que en otro tiempo se habían entregado los emperadores romanos? Pareció inaugurarse una nueva era cuando el obispo de Acquapendente, en el sermón que predicó en Letran, ensalzó al Papa, allí presente, como soberano temporal y espiritual á la vez, y le prometió que con las dos espadas lograría dominar á los que le combatían. Estas teorías titánicas y casi blasfemas eran la confirmación de las pretensiones formuladas por Bonifacio en su lucha con el rey de Francia. ¿Era, pues, de extrañar que los enemigos de Francia quisieran sacar de ellas partido bajo el punto de vista político, y que el Papa hiciera valer con nueva energía las pretensiones á que solo había renunciado en un momento de apuro? En su sentencia arbitral había sacrificado la Flandes á Francia, y á la sazón una embajada flamenco que había pasado á Roma le instó para que en virtud de la suprema autoridad temporal que le correspondía obligara á Felipe IV á evacuar aquel territorio. Esta solicitud fué tanto más atendida por el Papa, cuanto que tenía nuevos motivos para estar descontento del rey de Francia, pues el vizconde de Narbona nombrado por aquel monarca se negaba á prestar al arzobispo de esta ciudad el homenaje que hasta entonces se le había prestado. En cambio, el rey se quejaba de que Bonifacio hubiese provisto por sí y ante sí el obispado de Maguelonne, que poco antes había quedado vacante.

Quizá se habrían podido arreglar amistosamente estas diferencias si el plenipotenciario á quien el Papa había encargado estas negociaciones, Bernardo de Saisset, obispo de Pamiers, no hubiese agravado notablemente con su altanería el conflicto. Expulsado por esta razón de la corte por el monarca, el prelado desahogó su cólera deshaciéndose en injurias: calificó á Felipe de bastardo y de monedero falso, — esto último á consecuencia de las repetidas y funestas modificaciones que en las monedas había introducido el monarca, naturalmente no en perjuicio del erario real, — y le declaró inepto para gobernar é indigno de ocupar el trono. Felipe se quejó de estas injurias á Roma, pero simultáneamente hizo confiscar todos los bienes que Saisset poseía en Francia y le citó ante el tribunal áulico del rey. Entonces volvió á surgir, en aquel caso grave, la antigua cuestión acerca de los límites que separaban á las dos jurisdicciones, la eclesiástica y la civil, existiendo para resolverla la pragmática-sanción de 1239 por un lado y por otro la bula *Clericis laicos*. No puede negarse que Felipe IV se portó en aquellas circunstancias con moderación suma: para oponer toda su energía al Papa era preciso que antes terminara con buen éxito la lucha de Flandes. De esta situación pensó Bonifacio VIII sacar partido para dar un golpe de mano análogo al que Inocencio IV había dado en Lyon contra Federico II. En efecto, mientras retenía en Roma bajo fútiles pretextos al embajador Pedro de Flot, que allí había enviado el rey, convocó, en noviembre de 1302 un concilio general para poner término á las vejaciones que sufría el clero francés, atender al mantenimiento de las libertades de la Iglesia, poner orden en aquel reino, corregir al rey y establecer un buen gobierno. En seguida se intimó á Felipe que se presentara en el concilio ó enviara abogados que defendieran su causa.

Con este paso dado por Bonifacio VIII, la lucha encendida adquirió una importancia general. En la causa de Felipe había de decidirse la de todos los reyes: las teorías que

se habían emitido en Roma durante las fiestas del jubileo iban á ser reconocidas por el concilio como derecho vigente. Estaban, pues, en juego el porvenir de Francia, el de la monarquía y el de todos los Estados. Tan enérgica como el ataque fué la defensa, cuyos golpes se sucedieron con espantosa rapidez. Bonifacio VIII exigió la libertad de Saisset, que entretanto había sido encarcelado bajo la custodia del arzobispo de Narbona y luego ignominiosamente expulsado del país. En 4 de diciembre de 1301 derogó Bonifacio, por medio de la bula *Salvator mundi*, el derecho que antes había concedido al monarca de exigir tributos al clero francés sin permiso expreso del Papa; y en 5 de diciembre desarrolló en la bula *Ausculta fili* el programa del pontificado como soberano universal, con una franqueza y una constancia hasta entonces inauditas, cual si fuera la única norma que en lo sucesivo hubiese de prevalecer. En ella se partía del texto bíblico, según el cual el Papa había sido puesto por Dios por encima de los reyes y de los reinos para arrancar lo que había de ser extirpado, destruir lo abyecto, hacer justicia en nombre de Dios y según las doctrinas divinas, á fin de poder reunir lo que estaba suelto, curar lo enfermo y derramar vino y aceite en las heridas de los desgraciados. Añadía que el rey no debía incurrir en el error de creer que no tenía sobre sí superior alguno y de que no era súbdito del Papa, pues quien tal sostuviera merecía ser calificado de loco. Esta bula, cuyo radicalismo jerárquico dejaba muy atrás al de la *Clericis laicos*, terminaba con una amonestación pedantesca al rey para que gobernara mejor, llevara sus auxilios á los Santos Lugares y arrebatara éstos á los infieles.

¿Qué había de hacer Felipe ante una agresión de esta índole? El mismo lenguaje habían usado Gregorio IX é Inocencio IV con Federico II: Bonifacio lo empleaba á la sazón con mayor confianza y convencido de que el éxito coronaría su empresa. El Staufen había sucumbido porque la nación no se había puesto por entero á su lado, porque el Imperio por el cual luchaba carecía de la base sólida de una monarquía popular; pero eran muy distintos los sucesos que indicaban á Felipe el camino que había de seguir. Bonifacio VIII había triunfado de Alemania y de Dinamarca, pero en cambio no había podido dominar el levantamiento nacional de los sicilianos. En Sicilia siguió progresando, á pesar de los esfuerzos del Anjou de Nápoles y del Papa, la obra de la independencia que una nación desesperada había comenzado en 1283 con la gran matanza de franceses en las Vísperas Sicilianas. Los húngaros se burlaban, á pesar de la excomunión y del entredicho, de Roberto de Nápoles, pretendiente favorecido por la curia romana. En Inglaterra, la tentativa hecha por Bonifacio para impedir que Eduardo I hiciera valer sus derechos sobre Escocia, había indignado á la nación impulsándola á defender patrióticamente los derechos de su soberano. De aquí que Felipe el Hermoso confiara su causa á la nación, obteniendo un éxito completo, pues aun cuando algunos círculos guardaron cierta reserva y aunque no faltara quien simpatizase con la curia, el sentimiento del honor y de la dignidad del Estado, personificada en su rey, estaba tan firmemente arraigado en la inmensa mayoría del pueblo francés, que éste, para hacer frente á tales agresiones, se aprestó á una enérgica defensa, sobreponiéndose á los elementos descontentos y rebeldes y dando al mundo el imponente ejemplo de una perfecta unión entre la nación y el soberano.

No sabemos á punto fijo si, como la tradición afirma, Felipe respondió á la agresión del Papa contra la independencia del Estado con un acto de cólera haciendo quemar públicamente la bula *Ausculta fili*, ó si, como recientemente

se ha querido demostrar (1), los rumores de este hecho y el crédito que á ellos se ha dado son debidos á que por aquel mismo tiempo, y sin intervencion alguna del rey, fué quemada otra bula pontificia en virtud de la cual una contienda entre el obispo de Laon y los ciudadanos de esta diócesis se resolvía quedando éstos fuera de la jurisdiccion del Parlamento, único que tenia derecho á juzgarlos, y sometidos en sus diferencias á la resolucio de la curia. Lo cierto es que Felipe confió resueltamente la lucha á la nacion, haciendo de la causa de la monarquía la causa de todo el pueblo francés. Apeló para esto á los Estados generales, que él no habia creado, pero de los cuales habia hecho un importante órgano político, pues que ya anteriormente la nobleza, el clero y los ciudadanos, aisladamente convocados y consultados, habian tenido cierta participacion en el gobierno, apareciendo en algunos casos el rey como obligado por la costumbre á oírlos. Al comenzar la lucha con Bonifacio VIII, Felipe IV lo habia reunido, y en las negociaciones de paz que en 1290 se entablaron con Aragon vemos mencionados embajadores del rey, de la nobleza y del pueblo. Pero los Estados no fueron un verdadero poder hasta la primavera de 1302, para cuya reunion se convocó personalmente á los miembros de la nobleza y del alto clero, y se invitó á las ciudades á que enviaran dos ó tres de sus mas notables ciudadanos.

En 10 de abril del año 1302 reunióse la asamblea, en presencia del rey, en la iglesia de Nuestra Señora. Quizás porque le inspirara desconfianza el clero, apeló Felipe á recursos que, funestos en sí mismos, debian perjudicar á la buena causa á los ojos de muchos. Como si lo que habia dicho Bonifacio VIII en las bulas *Clericis laicos*, *Salvator mundi* y *Ausculat filii* no fuera por sí solo bastante grave, los consejeros reales procuraron excitar la opinion pública propalando cartas pontificias falsas que suponian en el Papa expresiones aun mas humillantes y pretensiones todavia mas exageradas. En uno de estos supuestos decretos, el *Deum time*, se hacia decir á Bonifacio que el rey de Francia estaba subordinado al Papa así en las cuestiones espirituales como en las temporales, y que quien tal negara incurria en herejía. Tambien se hizo circular una supuesta contestacion del rey, cuyas primeras palabras — *Noscat fatuitas tua*, «sepa tu petulancia» — indicaban por sí solas que tal escrito no tenia mas objeto que exponer al Papa al desprecio del pueblo francés. Mas justas y mas eficaces que todas estas falsificaciones fueron las manifestaciones hechas en Nuestra Señora por Pedro de Flot recabando para el rey, en virtud del derecho feudal, los bienes de la Iglesia y los del clero. El mismo Felipe declaró ante la asamblea que estaba decidido á defender á toda costa el poder real que sus antepasados habian fundado con la ayuda de Dios y en el cual él les habia sucedido por voluntad divina, y que tenia además el firme propósito de sacrificar por la independencia de la monarquía no solo sus bienes sino su propia vida, añadiendo que consideraria como enemigo personal á todo eclesiástico que asistiera al concilio convocado por el Papa. Los acuerdos adoptados por los Estados fueron comunicados por el clero al Pontífice y por la nobleza y el tercer estado á los cardenales en cartas comunes. Estas no produjeron en Roma la impresion que se esperaba: antes al contrario la confianza de Bonifacio subió de punto cuando poco despues los flamencos se rebelaron contra los franceses, arrojaron á éstos de su país por medio de una sangrienta sublevacion y resistieron con fortuna, en Courtenay, la tentativa que hizo Felipe para someterles. Bonifacio, pues, inauguró en noviembre

(1) Rocqain, en la *Bibliothèque de l'École des chartes*, 1883, cuadernos 5 y 6.

de 1302 con cierto aire de triunfo el concilio convocado, al cual acudieron, á pesar de la prohibicion del rey, muchos obispos franceses. El sínodo aprobó, en 18 de noviembre, la bula *Unam sanctam*, por el Papa presentada, que era la suma de todo cuanto hasta entonces la curia romana habia conquistado, hecho y pretendido, presentando este conjunto como dogma que debia regir en lo sucesivo. Partiendo de la unidad indivisible de la Iglesia bajo el poder de Jesucristo ó de su representante como cabeza única, sentaba la doctrina de las dos espadas en manos del Papa como verdad evangélica y presentaba al poder espiritual tan superior al temporal como lo es todo lo celeste en relacion con lo terreno. Fundada en esto, decia que toda falta cometida por el poder terrenal debia ser juzgada por el espiritual y que éste, por ser el supremo, no podia ser juzgado por los hombres sino únicamente por Dios, pues aun cuando estaba confiado á un hombre y por un hombre guardado, no era humano sino divino, y se oponian á los mandatos divinos los que se resistian á él, desde el momento en que era indispensable á toda criatura humana para salvarse prestar obediencia al obispo de Roma. Despues de estas manifestaciones, lanzaba la excomunion contra todos aquellos que detuvieran, robaran ó causaran otra molestia cualquiera á los que se dirigian á Roma ó de esta ciudad regresaban, lo cual significaba la excomunion del rey Felipe, de sus consejeros y de sus servidores. Esto se corroboró con el encargo que se hizo á Juan, cardenal presbítero de San Marcelino y de San Pedro, al ser enviado á Francia como legado, de que levantara al rey la excomunion si lo solicitaba.

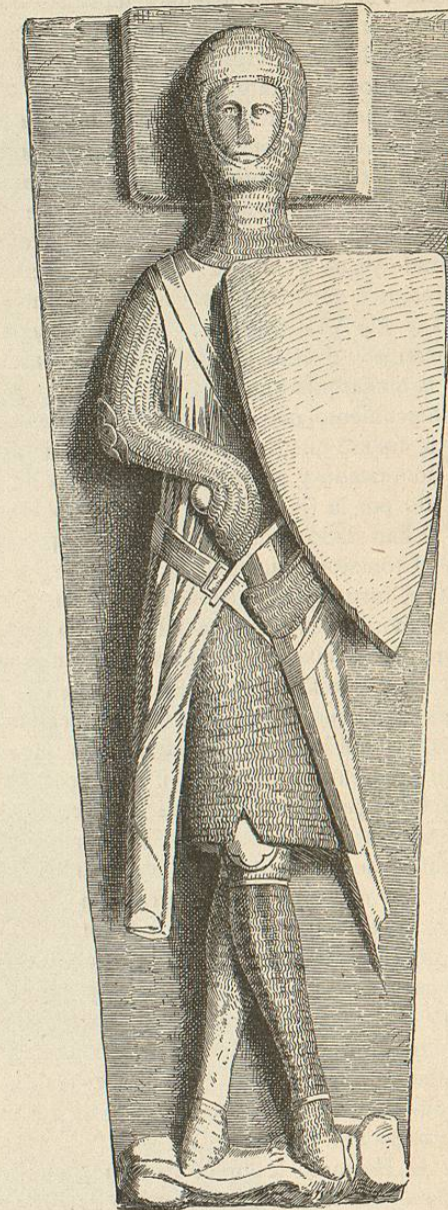
A este nuevo atentado contra su corona contestó el rey Felipe con represalias al tenor de las enérgicas declaraciones por él hechas ante los Estados del reino. Cierta que por temor, segun parece, á la oposicion de una parte del clero, suspendió la convocacion de los referidos Estados; pero un gobierno como el suyo, perfectamente servido por funcionarios incondicionalmente adictos, encontró naturalmente recursos y caminos para obtener, á lo menos en apariencia, la completa aquiescencia del mismo clero. Mientras se confiscaban los bienes de los obispos que habian asistido al concilio, consiguieron, por los medios usuales en tales casos, cartas de asentimiento que luego sirvieron como poderosos medios de agitacion en otros sentidos. En 12 de marzo de 1303 reuniéronse en el Louvre los notables, es decir, la junta de delegados de los Estados del reino, á los cuales leyó Guillermo de Plasian, consejero del rey, un acta formal de acusacion contra Bonifacio VIII, en la cual iban caprichosamente mezcladas verdades y mentiras, exageraciones y suposiciones gratuitas, de donde se deducian las mas radicales consecuencias para presentar al Papa no solo como un peligro para Francia y para su rey, sino tambien como una ignominia para la Iglesia y como escoria de la humanidad, para cuyo aniquilamiento debia unirse el mundo cristiano. Decíase en aquel documento que Bonifacio era un hereje que no creía en la inmortalidad del alma ni en la vida eterna; que negaba la transubstanciacion en la Eucaristía; que habia hecho colocar su imagen en los templos haciéndola objeto de culto; que sostenia que el Papa nunca podia hacerse reo de simonía; que comerciaba con los beneficios, etc., etc. Atribuíanse, además, á Bonifacio los actos mas absurdos, tales como haber promovido las Vísperas Sicilianas, haber impedido la paz entre Inglaterra y Francia, y haberse aliado con Alemania para humillar á la nacion francesa. Se le culpaba tambien de haber sido causa de la pérdida de los Santos Lugares por haber aplicado á su propio provecho y al de sus parientes y hechuras las cantidades que á aquellos habian sido destinadas. Añadíase que consentia infamias contrarias

á la naturaleza, que tomaba consejo de un demonio que cohabitaba con él, y que estaba en relaciones con los espíritus malignos. Estas absurdas acusaciones que llevaban marcado el sello del odio apasionado, no consiguieron, como era natural, el objeto que con ellas se habia propuesto su autor; pero eran del gusto de aquellos tiempos rudos, á pesar de dominar ya una cultura superior, y no dejaron de producir su efecto en aquella multitud acostumbrada á los estimulantes fuertes. Además, el tono en ellas empleado contra el Papa correspondia perfectamente al que éste solia usar desde los tiempos de Federico II contra los príncipes á quienes combatía.

En 13 de abril, Bonifacio excomulgó directamente al rey porque habia prohibido los viajes á Roma; pero Felipe no dejó que la bula fuese conocida y puso presos á los embajadores que la llevaron á Francia. Entonces el Papa relevó, en 31 de mayo, á todos los magnates laicos y eclesiásticos, á las ciudades y municipios de Borgoña, Lorena, Bar, Delphinado, Provenza, Foucaquier y Arelat, que antes habian pertenecido al imperio alemán, del juramento de fidelidad y de todos los demás deberes que habian contraído en perjuicio del imperio alemán y del rey Alberto: es decir, Bonifacio excitó á la rebelion abierta al antiguo reino de Borgoña, que hacia muchos años habia sido anexionado al Estado francés, haciendo con ello probable la disolucion territorial, el fraccionamiento de Francia, en castigo de la desobediencia del rey. Esto constituía un atentado contra la existencia del Estado francés y podia ser para Felipe IV mas peligroso que las mas radicales declaraciones de principios en punto á las relaciones de la Iglesia y del Estado, pues desde el momento en que el Papa excitaba á la rebelion á los arzobispos y obispos, condes y marqueses, ciudades y municipios de Borgoña, podia tambien invitar á los poseedores de los grandes feudos del reino, que siempre pensaban con impaciencia en su antigua independencia, á separarse de la soberanía del rey que habia sido excomulgado y condenado por el representante de Jesucristo. Con ello atentaba Bonifacio VIII al nervio vital del Estado francés y amenazaba destruir con una sola palabra de autoridad la obra de los Capetos, para cuya consolidacion se habia necesitado el penoso trabajo de tantas generaciones. El rey y la nacion francesa se levantaron completamente unidos contra el Pontífice: ya no se necesitaba falsear las bulas ni apelar á otros medios de agitacion análogos. En 10 de junio de 1303 los notables, reunidos en el Louvre, reprodujeron las antiguas quejas contra el Papa é invitaron al rey, como verdadero defensor de la fe, á que trabajara para la reunion de un concilio general. El día 24 de junio del propio año se celebró en los jardines del Louvre una asamblea popular magna, en la cual el magistral Bertrand de Saint-Denis predicó sobre el texto: «Será grande delante de su Señor.» (San Lucas, 1, 15) aplicándolo primero á San Juan Bautista y luego al rey Felipe; despues de esto, se leyeron las acusaciones contra Bonifacio formuladas y se hizo la convocacion para un concilio general. Únicamente el clero se atrevió á hacer una tímida oposicion, que pronto fué dominada. Nadie levantó la voz en favor del Papa, y los sacerdotes á éste adictos emigraron de Francia por miedo á la cólera del rey y al furor de la muchedumbre. Entonces se vió que la Iglesia galicana, en manos de un monarca enérgico, podia considerarse como completamente perdida para Roma.

Bonifacio VIII fué el único que no comprendió así las cosas, y si durante el primer conflicto con Felipe cedió oportunamente y dió un giro pacífico á las dificultades que dentro de la misma Roma se le suscitaban, á la sazón no quiso seguir mas que el impulso de su propio orgullo, que nació en él á

consecuencia de los triunfos del año del jubileo y que fué aumentando gradualmente hasta convertirse en idolatría de sí mismo. A pesar de que de hecho la Iglesia de Francia se habia emancipado de su autoridad, creyó Bonifacio que podria lograr que no solo ella sino la nacion francesa se sometieran de nuevo á la soberanía pontificia. Una actividad febril reinaba en la curia, que publicaba documento tras documen-



Estatua de un caballero templario (armado como en la primera mitad del siglo XIII).

Sepulcro probablemente de Guillermo Longespee, hijo de un earl de Salisbury, existente en la catedral de Salisbury. — Este caballero sucumbió en 1250 como cruzado en los Santos Lugares.

to contra el rey y su partido. La universidad de Paris, que estaba al lado de Felipe, bien que no con entera espontaneidad, vió surgir en Aviñon una rival que se puso al servicio del pontificado: todos los privilegios pontificios relativos á la aptitud académica docente de la universidad de Paris quedaron derogados porque el rey inducia á los maestros y á los estudiantes á que se rebelaran contra el Papa. Entonces se dispuso que todos los que pusieran obstáculos á la propagacion de los mandatos pontificios á ellos dirigidos, serian considerados como legalmente advertidos desde el momento en que se fijara el correspondiente edicto en la